

Gonzalo Rojas: "Los aplausos me llegaron sin buscarlos"

• Siempre sostuvo que los premios eran dispersión y estruendo y más que la atención de lo ligero o de lo liviano le importó una conducta poética, un ejercicio claro y sostenido de la palabra y del pensamiento. Sin embargo, por el rigor en su obra, por su proyección internacional y una trayectoria ejemplar, el 13 de noviembre fue galardonado con el Nacional de Literatura, que recibe serenamente, al igual que otro estímulo foráneo que le entregará a fines de este mes la reina Sofía de España.

Texto de Pación Martínez Elissetche
Fotos de Silvio Torrija

Horas antes de que Gonzalo Rojas recibiera el Premio Nacional de Literatura, conversamos largamente por teléfono. Del galardón que podía arrebatárselo, de su convicción por encima de las recompensas que no se debe recibir por el "aplausamiento". Y todo eso lo dijo serenamente, sin peticiones, como si se tratara de un hecho más. Pero al momento de eso viernes 13 ya la duda se había dispersado y en una nueva charla a la distancia realicémoslo reunidos en esas mismas horas para dialogar de nuevo «distraíentemente», lo que hicimos primero en Concepción y luego en su casa legítima de Chile, en una biblioteca inabarcable como el mar de la patria. Allí, entre llamados de todo el mundo, recibidos de telegramas y preparativos finales para su viaje a Madrid, donde recibirá de la Reina Sofía — así al terminar noviembre — el otro estímulo, el de afuera, se dio tiempo generoso para escucharnos, mientras nos trazábamos sus propias reflexiones que surgieron como su respiración, como ese resaca tan aya, líneas de enigmas y de puertas.

Ética de la palabra

— Siempre dijiste que los premios eran dispersión y estruendo, que se apostaba a ellos, pero el Nacional de Literatura te llegó inesperadamente, así como el que te entregará pronto la Reina Sofía...

— He dicho varias veces que un premio es una temeridad y la aceptación de una apuesta. También he hablado de dispersión y estruendo y ya se sabe lo que se entiende por dispersión, por dispersión y por atención de lo ligero o de lo liviano. Estruendo, porque todo premio implica eso. Ahora, en general, rechazo los premios, me aparto de ellos o

no me puse en la lista, pero últimamente sí porque creía que era una opción asumir ese riesgo y fue por eso que acudí a la contienda del Nacional de Literatura, como asimismo del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Me encuentro en una etapa de mi vida en que rechazo las apuestas que no huelen y la adhesión parcial y, a veces, absoluta de muchos de mis buenos lectores.

— Poco antes de que publicaras el "44 Contra la muerte", señalaste que la poesía era para ti una conducta.

— Sin presumir para nada de una gran dignidad moral o de una insurrección moral, se me daba la poesía como un ejercicio claro y sostenido de la palabra y del pensamiento, pero a la vez estrictamente vacío hacia el efecto político y nunca hacia la denuncia. Entonces, si de alguna ética se trataba, era de la ética del lenguaje, cosa que no es ni tan nueva ni tan ajena a lo que han sostenido muchos escritores. Recuerdo a Baudelaire, para quien la poesía consistía en un gran ejercicio claro, implacable y lógico, temerario en ocasiones, que no significaba transar con el amodo sentimiento o con el patético exacerbado.

— Y mientras otros publicaban sus trágica libros y más libros, tú guardabas silencio.

— Eso es cierto, yo me retiré a la publicidad vergonzosa, como la llamaba André Breton, que puede transformarse en un dolo mayor para el poeta porque contiene lo que se llama la trampa del silencio. Pero no sólo por eso, sino porque ya no se me daba como necesario publicar. Eso sí que escribía, pero parcamente, por lo que no me fascina la vitrina. Eran años en que estaba vacío hacia múltiples tareas. Yo asumí otros modos de poesía, lo que he llamado poesía activa, pensando que en las vallas la acción como la contemplación, sobre todo en nuestro mundo atroz. No había que ser un genio para

intentar un rescate del gran estilo de los verdaderos escritores del siglo XIX y estoy pensando en Rilke, en Lauterbach y, poco antes, en Sarmiento y en Bello, para quienes contemplación y acción eran dos ejes válidos.



El intraexilio

— ¿Fue el exilio un desencadenante?
— Me hizo bien el exilio, como me ha

hecho bien el intraexilio. Llamo intraexilio a la búsqueda de uno en los laberintos de las estructuras de la realidad nacional, de la geografía o de la global. Siempre viví a mi país de rincón, como decía Mariano Latorre. Sentí que

sin turismo literario de ninguna especie, había que ir a tocar las modélicas vitras de este Chile, de norte a sur y, en nuestra soledad, conocer desde las corrientes hasta el océano. Esto lo hice desde moachachito y hubo por lo menos tres salidas más, como en Don Quijote pequeño...

— En el "Fresca", hacia el norte, primeramente.

— Sí, a los diecisiete años, en un barco de la Compañía Sudamericana de Vapores. ¿Dónde me iba? Lejos de donde rendía y para siempre, que era en la idea. No partir por un mes en un simple juego de contacto con las cosas y con las gentes, sino que ir a vivir la experiencia profunda como si uno fuera a morir largamente en cada una de esas conchas, beldades. Esa especie de fascinación telúrica responde al trauma primario de lo natural, que respira en los poemas genéticos y no en que yo presuma de serlo. Mantengo, transito, transpiro sólo por la naturaleza por lo cultural. En mi caso creo que se abren los dos factores y aunque hay quienes sostienen que mi poesía es oscura, trágica, intelectualizada, pienso que en ella se registran las latencias de lo terráqueo, del aire del fuego, de la luz de este país hermoso. Por eso soy naturalista y rimbombante, serafico y balbuciente, porque recibí ese injerto de las eleonoras...

— ¿Y la segunda salida?

— A los veintidós años, cuando me fui a los cerros de Atacama, a la Sierra de Domeyko, a vivir, a respirar, a pensar y... a trabajar, con el ánimo de conocer, pero algo olvidaba en mi cuerpo para saber que debajo de mis plantas estaba la pulverizada...

Conciencia del límite

— Más tarde fue Valparaíso...

— El '48 hago mi otra entrada, ahora más en profundidad, a Valparaíso. Eso de estar en uno de esos cuarenta cerros, colgando de las nubes, me hizo aproximarme a algo muy singular. Tengo el honor de señalar que antes de conocer Santiago, en una travesía en el "Fresca" desde Talcahuano hacia Iquique y más al norte, me detuve en Valparaíso, que se me reveló ya como un sitio metafísico, como un espacio mágico desde donde ardear el mundo. Pasando una vez allí con Benjamín...

(sigue en la página 2)

"Los aplausos me llegaron sin buscarlos" [artículo] Pación Martínez Elissetche.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario: Martínez E., Pación

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Los aplausos me llegaron sin buscarlos" [artículo] Pacían Martínez Elissetche. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile